



Foto: de Culla

CARTAS DE AMOR A LA DERIVA

Fui un náufrago a quien casi devoran las aguas del Mar en san Vicente de la Barquera, Cantabria, el Portus Vereasueca de los romanos, en su parte occidental junto al Mar Cantábrico.

Después de que estas aguas con su realengo histórico me llevaron de un lado a otro haciéndome tragar algas y mucha mierda de Alfonso I de Asturias, Favila de Asturias y Fruela de Asturias, y sus pobladores, agarrado a un bidón vacío de gasolina, con muchas cartitas de amor y barcos de papel en su ancha boca; y sintiéndome como Carlos I de España cuando visitó la villa camino a la meseta para ser nombrado monarca, quien tuvo una cagalera de órdago la grande, después de ver una corrida de toros, con motivo de su visita, y enfermando allí, pasando la noche en el convento de San Luis, yo llegué a una playa que un pescador me dijo que era de Comillas, una vez que espabilé.

Un joven estudiante de la Universidad Pontificia de Comillas, de mucho renombre, a quien conocí, un día, en el Bar “El Pirata”, me dijo que la cagalera de Carlos I de España fue debida a que al rey le gustaba que le metieran por el As de Oro u Ojete rabo de toro de la dehesa de los jesuitas. Todavía hoy seguimos siendo buenos amigos.

Jóvenes vigilantes de la playa, que eran de la Cruz Roja, trajeron muchas toallas y me secaron. Una joven, que me dijeron después que

estudiaba medicina, me quiso hacer el boca a boca, pero, como yo respiraba bien, no lo hizo, y me dio mucha pena el que no lo hiciera. Las cartas y los barquitos de papel estaban intactos.” ¡Qué milagro ¡” exclamaron casi todos los vigilantes de la playa. No me importó que faltara alguno en exclamarlo, pues siempre, y en cualquier acontecimiento, tiene que haber un tocapelotas.

El bidón vacío de gasolina había hecho de artificio para pescar, a modo de trampa para que yo, que era el cebo, saliera a flote y apareciera en la playa de Comillas sano y salvo. ¡Qué maravilla ;

Ya repuesto, me puse a leer las cartas y las direcciones a quienes se dirigían los barquitos de papel, no dejándoles a ninguno tocarles o leerlas, pues yo sólo lo haría.

“Mercedes, te quiero conocer”. “Pilina, tienes el cutis muy fino, y espero que un día me beses la pilila”. ”El pelillo de mi Chichi, Ricardo, me le tienes que cortar tú”. “Te amo, Alejandro”. “Marcos, al Camino de Santiago, te llevaré cogido de la polla”. “Maricruz, el lignum crucis de mi amor te le colocaré entre tus dos pechitos altos”. “Pablo, en el Monasterio de Santo Toribio de Liébana te voy a conocer, y allí, tras de sus muros, sin que nos vean los franciscanos, jugaremos a ser marido y mujer”. Etcétera.

De los barquitos de papel, en su mayoría, llevaban una inscripción que decía:

“Para el Borrico de san Vicente de la Barquera”. “Para Carlos de Santander, el de nabo largo”. “Para Remigio, de Castro Urdiales, que me dio dos reales por gozar de mi Peseta o Chichi”. ”Para Casandra de Laredo, que no te hiciste monja gracias a besar mis huevos”. Etcétera, etcétera.

-Daniel de Culla